

Eterno Sargento de Instrucción

Javier Rodríguez C.

Es sin duda difícil ahorrar elogios para el disco que, durante los pasados cuarenta años, ha sido considerado unánimemente como el mejor, el más influyente, el más perfecto, de la historia del rock. Tanto superlativo no es gratuito, y uno se pregunta la necesidad real de continuar sumando alabanzas. Quizás lo mejor sería dejar que el disco demuestre lo que ya es perogrullo repetir. Pero, como nunca es tarde para descubrir a los Beatles (y no sólo a los adorables chicos de *mop top*, sino a esos fabulosos músicos que eran **LOS BEATLES**), y deleitarse con esta obra maestra no necesita pretextos, vamos a permitirnos ese gusto.

Podemos ponernos críticos y comenzar a cuestionar los méritos del “*Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*”, adoptar una visión reduccionista y alinearla con la experiencia psicodélica del rock ácido, o con gran pereza tirar cuanto hiperbólico adjetivo se nos ocurra. Esto último tomaría de seguro más tiempo que escuchar el disco, por lo que trataremos de ser lo más ecuanímenes posibles en nuestras subjetivas valoraciones.

El “*Sgt. Pepper's...*”, lanzando el 1º de Junio de 1967 (o el 2, dependiendo el mercado referencial), representa el pico absoluto – musical y compositivo - del cuarteto de Liverpool, ya muy diferente a los juveniles músicos que habían dado su último concierto poco menos de un año antes. Llamado a ser su obra de rompimiento definitivo, el álbum prometía innovación y genialidad bañadas de abundante sensibilidad pop, superior a sus ya sorprendentes antecesores “*Rubber Soul*” (1965) y “*Revolver*” (1966).

El disco comienza con la canción homónima – “*Sgt. Pepper's...*” – que, emulando una presentación “en vivo” (con un público sampleado al inicio del tema), une sin costuras visibles una guitarra distorsionada con bronces pomposos. Este debía ser un disco que “saliera de gira” por los Beatles, cansados de hacerlo, y tal idea tiene en el álbum un promisorio inicio. La piedra fundamental termina de ponerla “*With a little help from my friends*”, cantada por Ringo, con una ambigüedad lírica poderosa para una balada. Sin permitir pausas entre temas, nos terminamos de sumergir en la experiencia gracias a la voz onírica de Lennon, quien celebra la psicodelia de un viaje infantil, más producto de la imaginación que de desvaríos toxicómanos, dedicándole a la chica de ojos caleidoscópicos la imposible “*Lucy in the Sky with Diamonds*”. Vamos apenas por la tercera canción y la belleza insuperable de estas canciones no puede menos que dejarnos boquiabiertos.

Quizás se trate de temas menos directos en su recuerdo popular, pero el set que tiende el puente hacia la segunda parte del disco (“*Getting Better*”, “*Fixing a hole*”, “*She's leaving home*”, “*Being for benefit of Mr. Kite!*”) demuestra una grandísima calidad para la composición, con letras impresionistas, combinando metáforas dulces con alucinadas imágenes de atractivo colorido; canciones que terminan de probar la genialidad de los Beatles para crear melodías de una diversidad pasmosa, apelando a barnices clásicos sobre capas de sonido plagadas de instrumentos exóticos y mucho rock. Son los arreglos del genial George Martin, eterno productor del cuarteto, parte fundamental de este éxito; que también comparte Geoff Emerick, su ingeniero de sonido, joven como los Beatles y

cargado de las mismas ganas de experimentar. Una combinación tan celestial como irrepetible.

Si el cierre de este primer acto lo provee una juguetona pieza circense, la magnífica belleza del Gurú Harrison, predicando la verdad védica con una orquesta hindú de fondo, sobrecoge como cósmica comunión. *“Within you without you”* alcanzó una profundidad meditativa, una conexión con la divinidad, tan extrema, que - avergonzado - Harrison tuvo que incluir unas risas aliviadoras al final del tema, diminuta suite de una originalmente sinfonía oriental, en la que *“the quiet beatle”* elucubraba sobre maya y Krishna. De esa forma, en una burbuja de perfección infinita, comienza la segunda cara del disco.

Quienes conocimos el *“Sgt. Pepper’s”* en CD no pudimos darnos el gusto de volcar el LP, pero al menos nominalmente sabemos que ésta mitad arranca con la belleza hindi de ésta harrising, para continuar proyectándose sobre la también personalísima *“When I’m Sixty Four”*, de McCartney. Es justamente esta canción la que abre la puerta para otros dos divertidos temas como *“Lovely Rita”* (que incluye una proeza de técnica percusiva de Ringo) y la ruda despertadora *“Good Morning, Good Morning”* (que incorpora sonidos de animales superpuestos sobre una contundente base rítmica, punteada por una guitarra acelerada y un saxo). Inmediatamente sobreviene el cierre, con el reprise del tema principal, apenas más acelerado. Luego el telón se abre una vez más, para dar lugar a una coda que merece mención especial.

“A day in the life” es sencillamente lo mejor que han grabado los Beatles. El vínculo final entre el arte y la música popular. Una surrealista pieza de Lennon y una joyita pop de McCartney son entrelazadas gracias a un “descontrol orquestal”, que compuso George Martin (en atonal plan Stockhausen), y que interpretó una orquesta dirigida por Paul, con el indicativo único de “empiecen por el compás más bajo, recórranlos todos”, y que debía sonar, lo demandaba John, como “el fin del mundo”; une el infierno de la mundanal rutina y el paraíso musical en apenas 5 minutos. Atterradoramente grandiosa, una obra maestra a caballo entre la música concreta y un incipiente espíritu sinfónico-progresivo, los múltiples *crescendos* de sonidos intrincadamente elípticos, la “lectura de titulares amarillistas” desde la letra, el gran acorde de cierre, el pitido ultrasónico y el desconcertante loop final; todo esto – y sólo esto – probaba ya que el *“Sgt. Pepper’s”* era mucho más que un simple disco de música popular.

Es difícil imaginar el verdadero impacto del disco en 1967. Sería ingenuo decir que no era previsible un salto de esta naturaleza (hay atisbos del *“Sgt. Pepper’s”* en cada uno de los tres discos de los Beatles que lo preceden). Seguramente causó gran sorpresa en su día (se dice que Brian Wilson, que por entonces estaba produciendo su legendario y malhadado *“SMiLE”*, tras escuchar el disco quedó tan consternado que se recluyó en un sauna por una semana, derrotado), pero es ya muy difícil ser golpeados con tanta fuerza, después de escuchar el krautrock o los experimentos deconstructivos del post-rock. La única verdad indiscutible es que tres generaciones de músicos no se han podido acercar a lo que hicieron, mucho tiempo atrás, estos cuatro sujetos en Abbey Road, que en esos días de 1967, con los primeros Pink Floyd de Syd Barret grabando su disco debut (*“The Piper at the gates of dawn”*) en la sala contigua a la de los Beatles, y que aprendía de George Martin, que se pasaba mañanas enteras grabando samples de monedas cayendo en una batea d agua; habrá sido algo así como un vórtice creativo inigualable.

Que lo primero que se escuche en el disco sea una alocución nostálgica (*"It was twenty years ago today"*) demuestra que los Beatles estaban perfectamente conscientes de la conclusividad de su obra. De hecho, la proeza productiva máxima de todos los tiempos, el punto más alto de la mejor banda de la historia, es también – casi – el último álbum de los Beatles como una banda, que se vería precipitada hacia su autodestrucción en apenas poco más de 9 meses, para disolverse en 1970, tras grabar tres tumultuosos y tirantes (pero fabulosos) discos.

La influencia del *"Sgt. Pepper's"* es casi inabarcable. Inicialmente tomado como uno de los iconos del Verano del Amor, era mucho más que un disco de rock psicodélico. Es más, el rol de las drogas en este disco no es tan obvio ni esencial como lo fue para el *"Revolver"*, del año anterior. Aquí las canciones gozan de una feliz libertad, que no se encontraba ni en sustancias ni en ideales comuneros y que sería luego de muchas formas paradigmática.

El exceso artificioso de este disco demuestra también que los Beatles creían (quizás erróneamente) que la música pop no era culturalmente tan trascendente como la música clásica. De ahí el afán por componer grandes y complejas piezas, que no hicieron más que desconectar el pop de sus raíces bailables (con los Velvet Underground, este disco pateó la puerta para las bandas de art rock que seguirían). Ese es, tal vez, el único error – en una dolorosa contradicción fundamental- que los Beatles cometieron al dar este paso.

Anticipando el pop de cámara, extendiendo los límites del sonido Hendrix y sus novenas aumentadas, prediciendo el vanguardismo pretencioso, interesando decenas de jóvenes en el misticismo oriental (yo mismo me hice discípulo del Sri Vishnu por un tiempo, por culpa de *"Within you without you"*), alimentando mitos sobre alusiones al LSD, llevando la influencia de Coltrane y el Dharma al pop más divertido... con McCartney promocionando hoy su nuevo disco, que se hable mucho más de su trabajo con los *fab four* debe ser una maldición que Sir Paul ha aprendido a tolerar, aunque lentamente, en estos cuarenta años. En cambio Ringo Starr no pierde la sonrisa, es uno de los tipos más afortunados de la tierra; mientras John y George están tocando, otra vez juntos, en una nube flotando sobre campos de frambuesas y flores de celofán. Nosotros, apenas en la tierra, escuchamos una vez más el disco, y deseamos que el mundo fuera así de perfecto más a menudo. Poder oír al presentador repitiendo: *"So let me introduce to you, the act you've know all of these years"* siempre renueva las esperanzas, y eso es todo lo que necesitamos.

javier.rodriguez.c@gmail.com